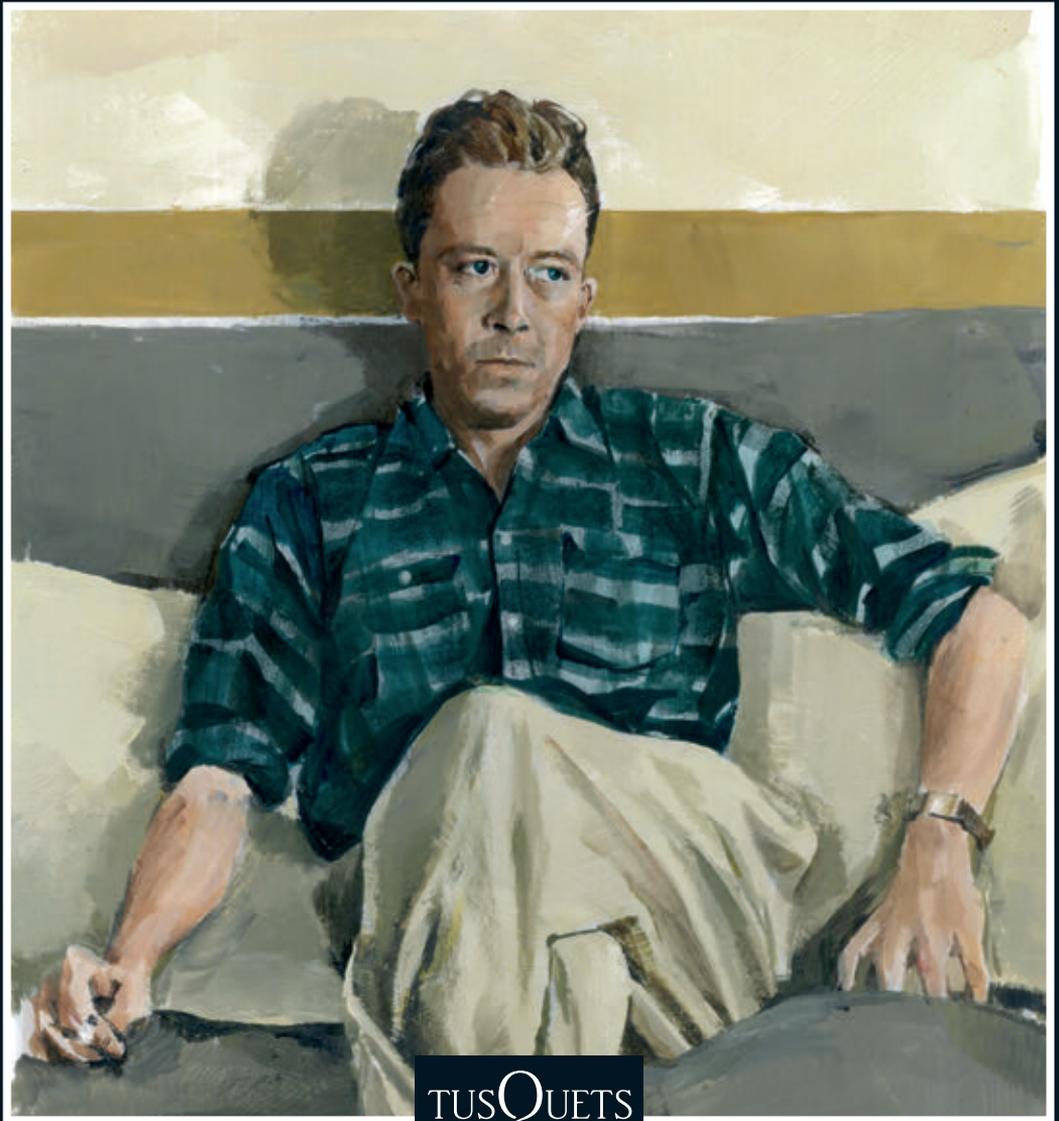


Albert Camus

EL PRIMER HOMBRE

Posfacio de José María Ridao

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Le premier homme*

1.ª edición: diciembre de 1994

10.ª edición: febrero de 2018

1.ª edición en esta presentación: marzo de 2019

© Éditions Gallimard, 1994

© de la carta de Louis Germain: Bibliothèque Nationale, 1994

© del Posfacio: José María Ridaó, 2019

Obra publicada con la ayuda del Ministère Français de la Culture

© de la traducción: Aurora Bernárdez, 1994

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-658-6

Depósito legal: B. 3.629-2019

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

ALBERT CAMUS
EL PRIMER HOMBRE

Posfacio de José María Ridao

Traducción de Aurora Bernárdez

TUSQUETS
EDITORES

Índice

NOTA DE LA EDICIÓN FRANCESA	9
NOTA DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA	10

I. Búsqueda del padre

«En lo alto, sobre la carreta...».	13
Saint-Brieuc	29
3. Saint-Brieuc y Malan (J.G.)	37
4. Los juegos del niño	44
5. El padre. Su muerte. La guerra. El atentado.	60
6. La familia	80
Étienne	97
6bis. La escuela	131
7. Mondovi: La colonización y el padre.	168

Segunda parte:

El hijo o el primer hombre

1. Liceo.	189
El gallinero y la gallina degollada	214
Jueves y vacaciones	220
2. Oscuro para sí mismo	257

Apéndices

Hojas sueltas.	267
El primer hombre (Notas y proyectos)	277
Dos cartas.	317

POSFACIO

Camus, su tiempo y el nuestro, <i>por José María Ridaó</i>	325
--	-----

I Búsqueda del padre

Intercesora: Vda. Camus

A ti, que nunca podrás
leer este libro^a

En lo alto, sobre la carreta que rodaba por un camino pedregoso, unas nubes grandes y espesas corrían hacia el este, en el crepúsculo. Tres días antes se habían hinchado sobre el Atlántico, habían esperado el viento del oeste y se habían puesto en marcha, primero lentamente y después cada vez más rápido, habían sobrevolado las aguas fosforescentes del otoño encaminándose directamente hacia el continente, deshilachándose^b en las crestas marroquíes, rehaciendo sus rebaños en las altas mesetas de Argelia, y ahora, al acercarse a la frontera tunecina, trataban de llegar al mar Tirreno para perderse en él. Después de una carrera de miles de kilómetros por encima de esta suerte de isla inmensa, defendida al norte por el mar moviente y, al sur, por las olas inmovilizadas de las arenas, pasando por encima de esos países sin nombre apenas más rápido de lo que durante milenios habían pasado los imperios y los pueblos, su impulso se extenuaba y algunas se fundían ya en grandes y escasas gotas de lluvia que empezaban a resonar en la capota de lona que cubría a los cuatro pasajeros.

La carreta chirriaba en el camino bien trazado pero ape-

a. (añadir anonimato geológico. Tierra y mar)

b. Solferino.

nas apisonado. De vez en cuando saltaba una chispa de la llanta de hierro o del casco de un caballo y un sílex golpeaba la madera de la carreta cuando no se hundía, con un ruido afelpado, en la tierra blanda de la cuneta. Sin embargo, los dos caballitos avanzaban regularmente, tropezando de tarde en tarde, echando el pecho hacia delante para tirar de la pesada carreta cargada de muebles, dejando atrás sin parar el camino con sus dos trotes diferentes. A veces uno de ellos expulsaba ruidosamente el aire por las narices y perdía el trote. Entonces el árabe que los guiaba hacía restallar de plano sobre el lomo las riendas gastadas,* y el animal retomaba valientemente su ritmo.

El hombre que viajaba junto al conductor en la banqueta delantera, un francés de unos treinta años, de expresión cerrada, miraba las dos grupas que se agitaban delante de ellos. De buena estatura, achaparrado, la cara alargada, con una frente alta y cuadrada, la mandíbula enérgica, los ojos claros, llevaba, pese a lo avanzado de la estación, una chaqueta de dril con tres botones, cerrada hasta el cuello, como se usaba en aquel tiempo, y una gorra^a ligera sobre el pelo corto.^b En el momento en que la lluvia empezó a deslizarse sobre la capota, se volvió hacia el interior del vehículo:

—¿Todo bien? —gritó.

En una segunda banqueta, encajada entre la primera y un amontonamiento de muebles y baúles viejos, una mujer pobremente vestida pero envuelta en un gran chal de lana gruesa le sonrió débilmente.

—Sí, sí —dijo con un leve gesto de disculpa.

Un niño de cuatro años dormía apoyado en ella. La mujer tenía una cara suave y regular, pelo de española bien

* resquebrajadas por el uso

a. ¿o una especie de bombín?

b. calzado con zapatos.

ondulado y negro, la nariz pequeña, una bella y cálida mirada de color castaño. Pero había algo llamativo en esa cara. No era sólo una suerte de máscara que el cansancio o cualquier cosa por el estilo grabara en ese momento en sus rasgos, no, era más bien un aire de ausencia y de dulce distracción, como el que muestran perpetuamente algunos inocentes, pero que aquí asomaba fugazmente en la belleza de sus facciones. A la bondad tan evidente de la mirada se unía también, a veces, un destello de temor irracional que se apagaba de inmediato. Con la palma de la mano estropeada ya por el trabajo y un poco nudosa en las articulaciones daba unos ligeros golpecitos en la espalda de su marido:

—Todo bien, todo bien —decía. Y enseguida dejaba de sonreír para mirar, por debajo de la capota, el camino en el que ya empezaban a brillar los charcos.

El hombre se volvió hacia el árabe plácido con turbante de cordones amarillos, el cuerpo abultado por unos grandes calzones de fondillos amplios, ajustados por encima de la pantorrilla.

—¿Estamos muy lejos todavía?

El árabe sonrió bajo sus grandes bigotes blancos.

—Ocho kilómetros más y llegamos.

El hombre se volvió, miró a su mujer sin sonreír pero atentamente. La mujer no había apartado la mirada del camino.

—Dame las riendas —dijo el hombre.

—Como quieras —dijo el árabe.

Le tendió las riendas, el hombre pasó por encima del árabe, que se deslizó hacia el lugar que el primero acababa de dejar. Con dos golpes de riendas, el hombre se adueñó de los caballos, que rectificaron el trote y de pronto avanzaron en línea más recta.

—Conoces a los caballos —dijo el árabe.

La respuesta llegó, breve, y sin que el hombre sonriera:

—Sí —dijo.

La luz había disminuido y de pronto cayó la noche. El árabe descolgó del gancho la linterna cuadrada que tenía a su derecha y volviéndose hacia el fondo utilizó varios fósforos rudimentarios para encender la vela. Después colgó la linterna de nuevo. La lluvia caía ahora suave y regularmente, brillando a la débil luz de la lámpara, y poblaba con un rumor leve la oscuridad total. De vez en cuando la carreta pasaba cerca de unos arbustos espinosos o de unos árboles bajos, débilmente iluminados durante unos segundos. Pero el resto del tiempo discurría por un espacio vacío que en las tinieblas parecía aún más vasto. Sólo el olor a hierba quemada o, de pronto, un fuerte olor a abono, hacían pensar que recorrían por momentos tierras cultivadas. La mujer habló detrás del conductor, que retuvo un poco los caballos y se echó hacia atrás.

—No hay nadie —dijo la mujer.

—¿Tienes miedo?

—¿Cómo?

El hombre repitió la frase, pero esta vez gritando.

—No, contigo no. —Pero parecía inquieta.

—¿Te duele? —dijo el hombre.

—Un poco.

Azuzó a los caballos, y sólo el fuerte crujido de las ruedas aplastando las roderas y de los ocho cascos herrados golpeando el camino llenó de nuevo la noche.

Era una noche del otoño de 1913. Los viajeros habían partido dos horas antes de la estación de Bône, adonde habían llegado de Argel después de una noche y un día de viaje en las duras banquetas de tercera clase. En la estación encontraron el vehículo y al árabe que los esperaba para

llevarlos a la propiedad situada en un pueblo pequeño, a unos veinte kilómetros tierra adentro, y cuya gerencia asumiría el hombre. Les llevó tiempo cargar los baúles y algunos enseres, y después el camino en mal estado los retrasó aún más. El árabe, como si sintiera la inquietud de su compañero, le dijo:

—No tengáis miedo. Aquí no hay bandidos.

—Los hay en todas partes —dijo el hombre—. Pero tengo lo necesario. —Y se dio unos golpecitos en el bolsillo estrecho.

—Tienes razón —dijo el árabe—. Siempre hay algún loco.

En ese momento la mujer llamó a su marido.

—Henri —dijo—, me duele.

El hombre blasfemó y azuzó un poco más a sus caballos.^a

—Ya llegamos —dijo.

Al cabo de un rato volvió a mirar a su mujer.

—¿Todavía te duele?

Ella le sonrió con una extraña discreción y como si no sufriera.

—Sí, mucho.

Él la miraba con la misma seriedad. Y la mujer se disculpó de nuevo.

—No es nada. Tal vez haya sido el tren.

—Mira —dijo el árabe—, el pueblo.

En efecto, a la izquierda del camino y algo a lo lejos se veían las luces de Solferino enturbiadas por la lluvia.

—Pero tú sigue el camino de la derecha —dijo el árabe.

El hombre vaciló, se volvió hacia su mujer.

—¿Vamos a la casa o al pueblo? —preguntó.

a. El niño.

—¡Oh!, a la casa, es mejor.

Un poco más allá la carreta dobló a la derecha en dirección a la casa desconocida que los aguardaba.

—Un kilómetro más —dijo el árabe.

—Ya llegamos —dijo el hombre dirigiéndose a su mujer.

La mujer estaba doblada en dos, la cara entre los brazos.

—Lucie —dijo el hombre.

La mujer no se movía. El hombre la tocó con la mano. Ella lloraba en silencio. Él gritó, separando las sílabas y mimando sus palabras:

—Ahora mismo vas a acostarte. Yo iré a buscar al doctor.

—Sí. Ve a buscar al doctor. Creo que es lo mejor.

El árabe los miraba, sorprendido.

—Va a tener un niño —dijo el hombre—. ¿Está el doctor en el pueblo?

—Sí, voy a buscarlo si quieres.

—No, tú te quedas en la casa. Estate atento. Yo iré más rápido. ¿Tiene el doctor un coche o un caballo?

—Tiene un coche. —Después, el árabe dijo a la mujer—: Será un varón, y guapo.

La mujer le sonrió como si no entendiera.

—No oye —dijo el hombre—. En la casa, grítale fuerte y haz gestos.

El vehículo rodó de pronto casi sin hacer ruido. El camino, más estrecho ahora y cubierto de toba, corría a lo largo de pequeños depósitos detrás de cuyos tejados se veían las primeras filas de viñedos. Un fuerte olor a mosto les salía al encuentro. Dejaron atrás grandes construcciones de tejados elevados, y las ruedas aplastaron la turba de una especie de patio sin árboles. El árabe se apoderó sin decir nada de las riendas para tirar de ellas. Los caballos se detu-

vieron y uno de ellos resopló.^a El árabe señaló con la mano una casita blanqueada de cal. Una parra trepaba alrededor de la puerta baja con el contorno azul de sulfato. El hombre saltó a tierra y corrió bajo la lluvia hasta la casa. Abrió. La puerta daba a una habitación oscura que olía a fuego apagado. El árabe, que lo seguía, caminó en la oscuridad hacia la chimenea, sacudió un tizón y encendió una lámpara de petróleo que colgaba en el centro de la pieza, encima de una mesa redonda. El hombre apenas tuvo tiempo de reconocer una cocina encalada con un fregadero de baldosas rojas, un viejo aparador y un calendario desteñido en la pared. Una escalera revestida con las mismas baldosas rojas subía al piso de arriba.

—Enciende el fuego —dijo, y volvió a la carreta. (¿Se llevó consigo al niño?)

La mujer esperaba sin decir nada. El hombre la tomó en sus brazos para depositarla en el suelo, y reteniéndola un momento contra sí, le hizo echar atrás la cabeza.

—¿Puedes caminar?

—Sí —dijo ella, y le acarició el brazo con su mano nudosa.

El hombre la llevó a la casa.

—Espera —dijo.

El árabe ya había encendido el fuego y, con gestos precisos y diestros, lo alimentaba con sarmientos. La mujer estaba cerca de la mesa, las manos sobre el vientre, y por su bello rostro vuelto hacia la luz de la lámpara corrían breves ondas de dolor. No parecía advertir ni la humedad ni el olor de abandono y miseria. El hombre se agitaba en las habitaciones del piso superior. Después apareció en lo alto de la escalera.

a. ¿Es de noche?

—¿No hay chimenea en el dormitorio?

—No —dijo el árabe—. En la otra habitación tampoco.

—Ven —dijo el hombre.

El árabe subió. Después reapareció, de espaldas, cargando un colchón que el hombre sujetaba por el otro extremo. Lo pusieron delante de la chimenea. El hombre corrió la mesa a un rincón mientras el árabe volvía a subir y bajaba poco después con una almohada y unas mantas.

—Tiéndete ahí —dijo el hombre a su mujer, y la llevó hasta el colchón.

Ella titubeaba. Se notaba el olor de crin húmeda que subía del colchón.

—No puedo desvestirme —dijo mirando alrededor con miedo, como si por fin descubriera el lugar...

—Quítate lo que llevas debajo —ordenó el hombre. Y repitió—: Quítate la ropa interior. —Y después, al árabe—: Gracias. Desengancha un caballo. Lo montaré hasta el pueblo.

El árabe salió. La mujer se desvestía, de espaldas al marido, que también se giró. Después se tendió y, en cuanto estuvo acostada, se echó encima las mantas, gritó una sola vez, un largo grito, con la boca abierta, como si hubiera querido librarse de una vez de todos los gritos que el dolor había acumulado en ella. El hombre, de pie junto al colchón, la dejó gritar, y en cuanto calló, se quitó la gorra, apoyó una rodilla en el suelo y besó la bella frente sobre los ojos cerrados. Volvió a ponerse la gorra y salió a la lluvia. El caballo desenganchado daba vueltas sobre sí mismo, las patas delanteras clavadas en la turba.

—Voy a buscar una silla de montar —dijo el árabe.

—No, déjale las riendas. Lo montaré así. Guarda los baúles y los enseres en la cocina. ¿Tienes mujer?

—Ha muerto. Era vieja.

—¿Tienes una hija?

—No, gracias a Dios. Pero está la mujer de mi hijo.

—Dile que venga.

—Se lo diré. Ve con Dios.

El hombre miró al viejo árabe, que inmóvil bajo la lluvia fina le sonreía bajo los bigotes mojados. Él seguía serio, pero lo miraba con sus ojos claros y atentos. Después le tendió la mano, que el otro cogió, a la manera árabe, con las puntas de los dedos que luego se llevó a la boca. El hombre se volvió haciendo crujir la turba, se acercó al caballo, lo montó a pelo y se alejó con un trote pesado.

Al salir de la finca, tomó la dirección de la encrucijada desde donde habían visto por primera vez las luces del pueblo. Ahora brillaban con un resplandor más vivo, la lluvia había cesado y el camino que, a la derecha, conducía hacia allí, cruzaba recto unos viñedos cuyas alambradas brillaban en algunos puntos. Aproximadamente a mitad de trayecto, el caballo redujo el trote y siguió al paso. Se acercaban a una especie de cabaña rectangular con una parte de mampostería, en forma de habitación, y la otra, más grande, hecha de tablas, que tenía un gran alero que bajaba sobre una suerte de mostrador saliente. En la parte hecha de mampostería había una puerta sobre la cual se leía: CANTINA AGRÍCOLA MME. JACQUES. Por debajo de la puerta se filtraba la luz. El hombre detuvo su caballo muy cerca de la puerta y, sin bajarse, llamó. Una voz sonora y resuelta inquirió al momento desde dentro:

—¿Qué pasa?

—Soy el nuevo gerente de la finca de Saint-Apôtre. Mi mujer está a punto de dar a luz. Necesito ayuda.

Nadie contestó. Al cabo de un momento se descorrieron los cerrojos, alguien empujó las barras de hierro para que se deslizaran y se entreabrió la puerta. Apareció la ca-

beza negra y rizada de una europea de mejillas redondas y nariz un poco chata sobre unos labios gruesos.

—Me llamo Henri Cormery. ¿Puede usted atender a mi mujer? Yo voy a buscar al médico.

La mujer lo miraba fijamente con ojos acostumbrados a sopesar a los hombres y la adversidad. Él sostuvo la mirada con firmeza, pero sin añadir una palabra de explicación.

—Voy para allá —dijo ella—. Dese prisa.

El hombre dio las gracias y espoleó al caballo con los talones. Instantes después llegaba al pueblo pasando entre una suerte de fortificaciones de tierra seca. Una calle al parecer única se extendía ante él, flanqueada de casitas bajas, todas iguales, y la siguió hasta una pequeña plaza cubierta de toba donde se alzaba, inesperadamente, un quiosco de música de estructura metálica. La plaza, como la calle, estaba desierta. Cormery se encaminaba ya hacia una de las casas cuando el caballo se hizo a un lado. Un árabe surgió de la sombra con un albornoz oscuro y roto, se le acercó.

—¿La casa del médico? —preguntó inmediatamente Cormery.

El otro observó al jinete.

—Venga —dijo después de examinarlo.

Retomaron el camino en dirección opuesta. En uno de los edificios de planta baja elevada, a la que se subía por una escalera enalada, se leía: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD. Lindaba con un jardincito rodeado de paredes revocadas, en el fondo del cual había una casa que el árabe señaló:

—Es ahí —dijo.

Cormery saltó del caballo y, con un paso que no denotaba ningún cansancio, cruzó el jardín del que sólo vio,

justo en el centro, una palmera enana de palmas secas y tronco podrido. Llamó a la puerta. Nadie contestó.^a Se volvió. El árabe esperaba en silencio. El hombre llamó de nuevo. Del otro lado se oyó un paso que se detuvo detrás de la puerta. Pero ésta no se abrió. Cormery llamó una vez más y dijo:

—Busco al doctor.

Enseguida se abrieron los cerrojos y la puerta se abrió. Apareció un hombre de cara joven, como de muñeca, pero de pelo casi blanco, alto y robusto, las piernas ceñidas por polainas, poniéndose una especie de cazadora.

—Vaya, ¿de dónde sale usted? —dijo sonriendo—. No le he visto nunca.

El hombre se explicó.

—Ah, sí, el alcalde me avisó. Pero oiga, a quién se le ocurre venir a dar a luz a un lugar perdido como éste.

El otro dijo que esperaba la cosa para más adelante y que seguramente se había equivocado.

—Bueno, le pasa a todo el mundo. Vamos, ensillo a *Matador* y le sigo.

En mitad del camino de regreso, bajo la lluvia que volvía a caer, el médico, montado en un caballo gris tordillo, alcanzó a Cormery, que ya estaba empapado pero siempre erguido en su pesado caballo de granja.

—Curiosa forma de llegar —gritó el médico—. Pero ya verá, el país no está mal, salvo por los mosquitos y los bandidos de la zona. —Se mantenía a la altura de su compañero—. Claro que, en cuanto a los mosquitos, estará tranquilo hasta la primavera. Pero en lo que se refiere a los bandidos...

a. Hice la guerra contra los marroquíes (con una mirada ambigua), los marroquíes no son buenos.

Se reía, pero el otro seguía avanzando sin decir palabra. El médico lo miró con curiosidad.

—No tema —dijo—, todo irá bien.

Cormery volvió hacia el doctor sus ojos claros, lo miró tranquilamente y dijo con un matiz de cordialidad:

—No tengo miedo. Estoy acostumbrado a los golpes duros.

—¿Es el primero?

—No, he dejado a un pequeño de cuatro años en Argel, con mi suegra.¹

Llegaron a la encrucijada y tomaron el camino que conducía a la finca. La turba no tardó en volar bajo los cascos de los caballos. Cuando éstos se detuvieron y volvió a reinar el silencio, se oyó salir de la casa un grito. Los dos hombres desmontaron.

Una sombra los esperaba, protegida bajo la parra, que chorreaba agua. Al acercarse reconocieron al viejo árabe encapuchado con una bolsa.

—Buenos días, Kaddour —dijo el médico—. ¿Cómo anda eso?

—No sé, yo nunca entro donde están las mujeres —respondió el viejo.

—Buen criterio —dijo el médico—. Sobre todo si las mujeres gritan.

Pero ya no salían gritos de adentro. El médico abrió y entró, Cormery lo siguió.

Un gran fuego de sarmientos ardía ante ellos en la chimenea, iluminando la pieza más que la lámpara de petróleo que, con su cerco de cobre y cuentas de vidrio, colgaba en mitad del techo. La parte que quedaba a la derecha del

1. En contradicción con la pág. 14: «Un niño de cuatro años dormía apoyado en ella».

fregadero se llenó enseguida de jarros de metal y toallas. A la izquierda, delante de un pequeño aparador bambolean- te, de madera sin pintar, estaba la mesa que habían despla- zado del centro. Encima de ella, un viejo bolso de viaje, una caja de sombreros, algunos bultos. En todos los rinco- nes de la habitación, viejas maletas, entre ellas un gran baúl de mimbre, que apenas dejaban un espacio vacío en el cen- tro, no lejos del fuego. En ese espacio, sobre el colchón perpendicular a la chimenea, estaba tendida la mujer, la cara un poco echada hacia atrás sobre una almohada sin funda, el pelo ahora suelto. Las mantas sólo cubrían la mitad del colchón. A la izquierda, la patrona de la cantina, de rodi- llas, ocultaba la parte descubierta del colchón. Sobre una palangana retorció una servilleta de la que goteaba un agua rosada. A la derecha, sentada con las piernas cruzadas, una mujer árabe sin velo sostenía en sus manos, en actitud de ofrenda, una segunda palangana esmaltada, un poco des- portillada, donde humeaba el agua caliente. Las dos muje- res estaban instaladas en los dos extremos de una sábana doblada que pasaba por debajo de la enferma. Las sombras y las llamas de la chimenea subían y bajaban por las pare- des encaladas, por los bultos que llenaban la habitación y, más cerca, arbolaban las caras de las dos enfermeras y el cuerpo de la parturienta, hundido bajo las mantas.

Cuando los dos hombres entraron, la mujer árabe los miró rápidamente con una risita y después se volvió hacia el fuego, ofreciendo siempre la palangana con sus brazos flacos y morenos. La patrona de la cantina los miró y ex- clamó alegremente:

—Ya no lo necesitamos, doctor. Vino solo.

Se puso de pie y los dos hombres vieron, cerca de la enferma, algo informe y ensangrentado, animado por una suerte de movimiento inmóvil, del que salía un ruido con-

tinuo, semejante a un chirrido subterráneo casi imperceptible.^a

—Es fácil decirlo. Espero que no hayan tocado el cordón umbilical.

—No —dijo la mujer riendo—. Teníamos que dejarle algo a usted.

Se puso de pie y cedió su sitio al médico, ocultando nuevamente al recién nacido a los ojos de Cormery, que se había quedado en la puerta con la gorra en las manos. El médico se puso en cuclillas, abrió su maletín, después tomó la palangana de manos de la mujer árabe, que se retiró inmediatamente fuera del campo de luz y se refugió en el rincón oscuro de la chimenea. El médico se lavó las manos, siempre de espaldas a la puerta, después se las frotó con un alcohol que olía un poco a aguardiente, olor que enseguida invadió la habitación. En ese momento la enferma alzó la cabeza y vio a su marido. Una sonrisa maravillosa transfiguró el bello rostro fatigado. Cormery se acercó al colchón.

—Llegó —le dijo ella con un hilo de voz, y señaló al niño.

—Sí —dijo el médico—. Pero descanse.

La mujer lo miró con expresión interrogante. Cormery, parado al pie del colchón, le hizo un gesto tranquilizador.

—Acuéstate.

La mujer se dejó caer hacia atrás. En ese momento la lluvia redobló sobre el viejo tejado. El médico intervino debajo de la manta. Después se incorporó y sacudió algo. Se oyó un grito.

—Es un varón —dijo el médico—. Y un buen ejemplar.

a. como el de ciertas células vistas con microscopio.

—Este empieza bien —dijo la patrona de la cantina—. Con una mudanza.

En el rincón la mujer árabe se rio y batió palmas dos veces. Cormery la miró y ella se apartó, confundida.

—Bueno —dijo el médico—. Ahora déjennos un momento.

Cormery miró a su mujer. Pero ella seguía con la cabeza echada hacia atrás. Sólo las manos, extendidas sobre la burda manta, recordaban todavía la sonrisa que instantes antes había llenado y transfigurado la miserable habitación. El hombre se puso la gorra y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué nombre le va a poner? —gritó la dueña de la cantina.

—No sé, no lo hemos pensado. —Entonces lo miró—. Le llamaremos Jacques, ya que usted estaba presente.

La mujer lanzó una carcajada y Cormery salió. Debajo de la parra, el árabe, siempre cubierto con la bolsa, esperaba. Miró a Cormery, que no le dijo nada.

—Ten —dijo el árabe, y le ofreció una punta de la bolsa.

Cormery se cubrió. Sentía el hombro del viejo árabe y el olor de humo que desprendía su ropa, y la lluvia que caía en la bolsa por encima de sus dos cabezas.

—Es un niño —dijo sin mirar a su compañero.

—Alabado sea Dios —respondió el árabe—. Eres un artista.

El agua llegada desde miles de kilómetros de distancia caía sin cesar sobre la turba, cavaba numerosos charcos, en los viñedos, más lejos, y los hilos de la alambrada seguían brillando bajo las gotas. No llegaría al mar por el este, y ahora inundaría todo el país, las tierras pantanosas cerca del río y las montañas circundantes, la inmensa tierra casi desierta cuyo poderoso olor llegaba hasta los dos hombres

apretados bajo la misma bolsa, mientras un grito débil se repetía regularmente a sus espaldas.

Por la noche, tarde, Cormery, en calzoncillos largos y camiseta, tendido en un segundo colchón junto a su mujer, contemplaba la danza de las llamas en el techo. La habitación estaba ya bastante ordenada. Del otro lado de su mujer, en una cesta de ropa, el niño descansaba en silencio, con un débil gorgoteo. Su mujer también dormía, la cara vuelta hacia él, la boca un poco abierta. La lluvia se había interrumpido. Al día siguiente habría que empezar el trabajo. Cerca de él, la mano ya gastada, casi leñosa, de su mujer le hablaba también de ese trabajo. Tendió la suya, la apoyó suavemente sobre la mano de la enferma y, poniéndose boca arriba, cerró los ojos.